

Familia misionera



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS



V ENCUENTRO
MUNDIAL DE
LAS FAMILIAS

Tema 3 La familia de los misioneros

Presentación y objetivos

La historia de la Iglesia nos enseña y la experiencia confirma que las familias son un verdadero semillero de vocaciones, en particular, misioneras. Éstas se dan en todos los estados de vida de la Iglesia gracias, en gran medida, a los esfuerzos de las familias cristianas por educar en la fe y por sembrar la semilla misionera en los corazones de las nuevas generaciones, muchas veces de forma inadvertida.

“La familia cristiana, que actúa ya como misionera al presentar sus hijos a la Iglesia para el bautismo, debe continuar el ministerio de evangelización y de catequesis, educándolos desde su más tierna edad en la conciencia misionera y el espíritu de cooperación eclesial. El cultivo de la vocación misionera en los hijos e hijas será por parte de los padres la mejor colaboración a la llamada divina. Y cuántas veces esa toma de conciencia misionera de la familia cristiana la conduce a hacerse directamente misionera mediante servicios temporales, según sus posibilidades” (Juan Pablo II, “Homilía”, Javier, 6-11-1982, n. 5).

Si bien la contribución de las familias de los misioneros a la misión de la Iglesia comienza por el fomento de las vocaciones misioneras entre sus miembros, esta contribución continúa cuando les acompañan de múltiples maneras en su actividad misionera. Los misioneros siguen siendo miembros de sus respectivas familias y éstas sienten normalmente tanto la cercanía de su familiar, como la urgencia de la misión. Por eso muchas familias de misioneros colaboran con generosidad con la misión de la Iglesia en la personas de sus familiares en misión.

El objetivo de este tema es tomar conciencia de la importancia de las familias para las vocaciones y la actividad misioneras y, además de reconocer su labor, mostrar cómo acompañarlas y cooperar con ellas y, a través de ellas, con los misioneros.

Para el diálogo en grupo al inicio de la sesión

- En España hay un gran número de misioneros y muchas familias que tienen uno o varios miembros en misiones. ¿Existen en nuestro entorno familias de misioneros? ¿Cómo han reaccionado a la vocación misionera de su familiar?
- ¿Cuál debería ser la reacción de una familia cristiana si una persona cercana de la familia se sintiera llamada a ir de por vida de misiones? ¿Cuál sería mi reacción en este supuesto?
- ¿Cómo las familias de los misioneros cooperan con ellos y con la misión de toda la Iglesia? ¿Puede hacerse una familia misionera al nacer una vocación misionera en ella?

Testimonio

Somos los padres de dos hijos misioneros y, nunca mejor dicho, por la gracia de Dios. A lo largo de estos años no han sido pocas las personas que, al conocer esta circunstancia, se han dirigido a nosotros para manifestarnos su admiración, como si hubiéramos sido los protagonistas e impulsores de la decisión de nuestros hijos de responder a la llamada del Señor. Nada más lejos de la realidad.

Cierto que siempre nos hemos considerado una familia cristiana, pero sin más compromisos que la asistencia a la misa dominical, el cumplimiento de los mandamientos, a veces con poco éxito, y poco más. Nunca en el horizonte de futuro programado para nuestros hijos se nos pasó por la cabeza el deseo o posibilidad de que alguno de ellos pudiera consagrarse a Dios.

La primera etapa de sus vidas transcurrió en Ciudad Real capital. Allí iniciaron su formación junto con sus otros dos hermanos, y no en un colegio religioso, sino en la escuela pública. Bien es verdad que el ambiente que se respiraba en el aspecto religioso, tanto en los centros públicos como privados, ya por el personal docente, ya por los alumnos, era muy diferente al que se vive en la actualidad.

En el año 1986 nos trasladamos todos a Toledo. Tuvimos que acomodarlos en nuevos colegios, cosa que no resultó fácil al tratarse de cuatro alumnos. Por fin lo logramos en el Colegio Infantes, dependiente del Arzobispado de Toledo. Allí una de nuestras hijas tuvo los primeros encuentros con unas misioneras que visitaban el colegio. Estos encuentros despertaron en ella su vocación misionera, pero nosotros no lo supimos percibir.

De hecho, cuando, a raíz de su peregrinación a Santiago de Compostela en el encuentro mundial de Juan Pablo II con los jóvenes en 1989, nos comunicó su decisión de ser misionera, nos dejó sorprendidos y, de alguna manera, desconcertados, ya que nunca se nos pasó por la mente que pudiera dirigir su vida en esa dirección, puesto que se trataba de una chica muy de su época en cuanto a sus aficiones, con poco apego a todo lo que tuviera connotaciones religiosas o espirituales.

A pesar de ello, tanto mi mujer como yo aceptamos aquella decisión; no sin cierto pesar y desgarró, sobre todo de mi mujer, dado que era la única hija, porque éramos conscientes de que, si nos considerábamos cristianos, no podíamos oponernos a la llamada del Señor, máxime cuando ya empezaba a preocuparnos la falta de vocaciones en la Iglesia. ¡Qué contrasentido tan grande hubiera sido oponernos, cuando era a nuestra hija a la que Dios llamaba!

Por otra parte, pensábamos que al fin y al cabo no dejaba de ser un asunto este entre ella y Dios, del que debíamos quedar al margen. Sin embargo, poco tiempo tardamos en darnos cuenta de que, cuando Dios se fija en alguien de la familia, sus consecuencias trascienden a todos sus miembros. Nosotros, que no dejábamos de ser unos cristianos de rutinario cumplimiento, sin una verdadera presencia de Dios en nuestras vidas, llevados de un vivo interés en descubrir lo que había impulsado a una muchacha de 19 años a darle un giro tan drástico a su existencia, quisimos conocer, primeramente, la fraternidad misionera en la que se había integrado. Fueron las “cuerdas humanas” que el Señor nos envió para que pudiéramos llegar a conocerle (cf. Os 11, 4).

Nos enseñaron a orar y a dialogar con Dios a través de su Palabra, introduciéndonos en un proceso de acercamiento que culminó con el descubrimiento de un Dios cercano, desconocido hasta entonces por nosotros, que llenó nuestra vida de VIDA.

Descubrimos el tesoro que nuestra hija había encontrado un poco antes. Por eso, cuando seis años después nuestro hijo menor, con 21 años, a punto de terminar la carrera de ingeniero agrónomo y con novia, nos comunicó su decisión de dejar todo y hacerse misionero, lejos de suscitar en nosotros alguna preocupación, lo que nos produjo fue un sentimiento de inmensa gratitud a Dios. Se hizo realidad en nuestra familia lo que Jesús le dijo a Zaqueo cuando se fijó en él: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa” (Lc 19, 9).

Esta segunda vocación produjo una honda impresión en el resto de la familia, principalmente en sus tíos y primos. Para tranquilizarlos decidimos mi mujer y yo, junto con nuestros hijos y otros misioneros y misioneras, compartir con ellos y más gente un día de convivencia en el Santuario de la Patrona de nuestro pueblo. La experiencia fue fantástica por el entusiasmo que el Señor despertó en ellos.

Durante todo este tiempo, desde la vocación de nuestra hija, que va para 17 años, y posteriormente la de nuestro hijo, hace 11 años, nuestra familia no ha hecho sino crecer. Hermanos de los cinco continentes han ido pasando –de visita a Toledo– por nuestra casa, lo que ha hecho compartir con ellos, además de la cultura, lo más importante para un cristiano, que es la fe en Jesucristo.

En este sentido, nuestras visitas a Rusia (donde ha estado muchos años nuestra hija) y últimamente a Filipinas (donde está nuestro hijo) para ver a nuestros hijos han constituido otras dos experiencias inolvidables, porque nos han permitido compartir la fe y nuestra vivencia de Dios con hermanos que no conocíamos, pero con los que nos sentíamos unidos por lazos más fuertes que los de la sangre, salvando las barreras de la cultura y del idioma.

Ante estas experiencias, qué actualidad y fuerza cobraban las palabras del profeta Isaías: “Ensancha el espacio de tu tienda, no te detengas; alarga tus sogas, tus clavijas asegura; porque a derecha e izquierda te expandirás” (Is 54, 2-3).

Al igual que nuestros hijos, también nosotros nos sentimos misioneros, y desde nuestra pobreza y fragilidad estamos anunciando a Jesús en todos los entornos en los que nos movemos, sin miedo a lo que puedan pensar de nosotros. Sólo le pedimos al Señor que siga aumentando nuestra fe y nos dé la gracia necesaria para continuar dando testimonio de Él con fuerza y valentía, en todo momento y circunstancia en que nos tengamos que mover.


PEDRO MUÑOZ Y HORTENSIA SÁNCHEZ-HERRERA



Desde la realidad

Pedro y Hortensia tienen una hija y un hijo misioneros. Ellos mismos, estimulados por la entrega de sus hijos al Señor y a la misión, han hecho su propio camino de fe y de conocer mejor y cooperar con la misión.

- ¿Cuál crees que es la aportación que hacen las familias de los misioneros a la misión?
¿Crees que es importante?
- ¿Cómo repercute en la vida familiar la vocación misionera de alguno de sus miembros?
- ¿Puede ser “contagiosa” la vocación misionera dentro de la familia?



sarias y respondiendo a la llamada de Dios— se preparan y son enviadas a aquellos lugares donde o bien no se conoce o sólo de forma insuficiente el Evangelio, o bien la Iglesia local necesita ayuda para la evangelización.

Sin lugar a dudas, la vocación misionera, como cualquier otra vocación eclesial, se gesta y se cultiva en las familias cristianas (cf. AG 41; FC 54). Ésta es una dimensión esencial de la cooperación que las familias cristianas prestan a la misión universal de la Iglesia. Porque, aunque la vocación es un don del Espíritu Santo a la persona, es evidente que la influencia sobre la llamada que puede ejercer el ambiente, sobre todo el familiar, es muy grande. Por eso, todas las familias cristianas tienen la obligación de vivir la dimensión universal y misionera de la fe y el amor cristianos y así crear el ambiente familiar adecuado en el que los hijos puedan llegar a descubrir la vocación misionera y a seguirla, si la sienten.

Discernimiento y maduración de la vocación misionera

Una parte esencial de la labor educativa en la fe que lleva a cabo la familia cristiana es el fomento de la vocación propia de los hijos y en especial de la eclesial (cf. LG 11; GS 52; AA 11). Además, la familia cristiana que es consciente de su responsabilidad misionera sabe que está llamada a reconocer y fomentar la vocación misionera de sus miembros. Los padres, pues, tienen la obligación de educar cristianamente a sus hijos en los valores y las cualidades necesarias para que comprendan la dimensión universal del amor de Dios (cf. FC 54). De esta manera están poniendo las bases para que sean capaces de responder a la vocación misionera, si Dios les llama a ello. Si ésta se diera, la familia cristiana, como pequeña iglesia doméstica, es la ayuda más cercana que pueden encontrar los hijos en el camino del discernimiento de la vocación y su maduración, para que lleguen a ser enviados a llevar el Evangelio y colaborar con las Iglesias más necesitadas.

La vocación misionera, un don para la familia y para la Iglesia

En el camino de maduración personal y cristiana es esencial la cercanía y la comprensión. Así pues, la familia cristiana está llamada a acoger la vocación de alguno de sus miembros como un don de Dios, y con generosidad ayudar a que responda a lo que Dios le pide con libertad y con alegría. Además las familias deben considerar que este don de Dios lo es en primer lugar para la persona llamada, pero también para los que comparten cerca de ella —en la familia o la comunidad cristiana— y, en última instancia, para toda la Iglesia.

Bien es verdad que no siempre las familias acogen la vocación de los hijos con agrado, concibiéndola como un don de Dios, y no son pocas las que no la entienden o aceptan. El camino de la aceptación es doloroso para todos —la familia y el misionero— y supone paciencia y amor. A veces, la familia al cabo de un cierto tiempo llega a aceptarla; otras permanece en la incomprensión muchos años. En cualquier caso, la comunidad cristiana debe mostrar su acogida hacia las familias de los misioneros y, sobre todo —con tacto y discreción—, su comprensión a las que les cuesta aceptar la vocación de uno de sus miembros.

...al compromiso misionero

Se presentan seguidamente tres claves importantes para madurar el compromiso centrando la atención en la familia de los misioneros:

1. *La cooperación de las familias cristianas a la misión universal de la Iglesia comienza por el discernimiento de la vocación de los hijos:*

– Crear un ambiente de oración, servicio al prójimo y participación en las actividades eclesiales que favorezca el nacimiento y desarrollo de las vocaciones en la familia.

– Informarse y conocer la vocación misionera en general, así como participar en la Jornada de “Vocaciones Nativas” de la Obra Pontificia de San Pedro Apóstol (cuarto domingo de Pascua) para conocer las necesidades de las Iglesias en países de misión.

2. *Ayudar directamente a las familias de los misioneros con:*

– La oración por los misioneros conocidos y sus familias.

– El agradecimiento y el apoyo de la comunidad eclesial a las familias de los misioneros, sobre todo en los momentos en que más lo necesitan: enfermedad, fallecimiento de un familiar, etc., o a la hora de aceptar la vocación de uno de sus miembros.

– La colaboración con la Delegación Diocesana de Misiones en su labor de contacto con los misioneros de la diócesis y en la acogida de los retornados.

3. *Cooperar con la misión universal de la Iglesia a través de las familias de los misioneros para:*

– Conocer las noticias de los misioneros y de su labor misionera.

– Facilitar el testimonio de los misioneros en la parroquia, los grupos misioneros, las asociaciones cristianas, etc., cuando están de paso por España.

– Colaborar económicamente con los misioneros buscando además otras aportaciones de personas, familias, comunidades cristianas, etc., para la misión.

– Ayudar a las familias de los misioneros a una cooperación temporal en la misma misión.

Compromiso misionero del grupo

(Escribir algún compromiso como respuesta a los interrogantes planteados).

Oración

Dios misericordioso y eterno:

acoge nuestra alabanza y gratitud por tantos [...] que, dejándolo todo, han decidido dedicarse por entero a la causa del Evangelio.

Sus padres [...] pidieron para ellos la gracia del bautismo, los educaron en la fe, y Tú les concediste el don inestimable de la vocación misionera.

Gracias, Padre de bondad.

Santifica a tu Iglesia para que sea siempre evangelizadora.

Confirma en el espíritu de tus Apóstoles a todos aquéllos [...]

que dedican su vida, en tu Iglesia, a la causa de nuestro Señor Jesucristo.

Tú los llamaste a tu servicio; hazlos, ahora, perfectos cooperadores de tu salvación.

Haz que las familias cristianas

eduquen a sus hijos intensamente en la fe de la Iglesia y en el amor del Evangelio, para que sean semilleros de vocaciones apostólicas.

Vuelve, Padre, también hoy tu mirada sobre los jóvenes

y llámalos a caminar en pos de Jesucristo, tu Hijo.

Concédeles prontitud en la respuesta y perseverancia en el seguimiento.

Dales a todos valor y fuerzas

para aceptar los riesgos de una entrega total y definitiva. [...]

Mira propicio la angustia de cuantos padecen hambre, soledad o ignorancia.

Haznos reconocer en ellos a tus predilectos

y danos la fuerza de tu amor, para ayudarlos en sus necesidades.

Virgen Santa del Pilar:

desde este lugar sagrado alienta a los mensajeros del Evangelio,

conforta a sus familias y acompaña maternalmente nuestro camino

hacia el Padre, con Cristo, en el Espíritu Santo. Amén.

JUAN PABLO II (Zaragoza, 10 de octubre de 1984)

